

RECONSTRUIR LA CIUDAD AL SERVICIO DEL HOMBRE: Institucionalidad en América Latina

Esperanza o utopía

Exposición de Julio Plaza, Presidente del Instituto Maritain Argentina en el cierre del Encuentro Internacional de Institutos Maritain del mismo título, en Córdoba, UNC, 7 de Septiembre de 2017.

En primer lugar gracias a esta Universidad de historia tan larga como ejemplar, por darme un espacio en esta tribuna desde donde siempre se ha privilegiado la verdad. Espero estar a su altura, Me es especialmente grato agradecerles su presencia en nombre del Instituto Maritain Argentina, institución cultural que existe desde 1973, que creo ya casi todos conocen, a estos momentos de reflexión en que nos gustaría haber prestado un servicio: iniciar un diálogo entre nosotros, sobre temas que consideramos cruciales para el futuro de la sociedad y de la Patria. Sería magnífico que este servicio y diálogo pudieran continuar, siguiendo los caminos que Uds. consideren oportunos, en otras reuniones, o de manera virtual o escrita, procurando aportar a nuestra formación y proponer, si fuera posible, ideas y alternativas para contribuir a que los hombres de la patria vivamos en condiciones cada vez más humanas. Un futuro a realizar, dijo el Embajador Lescano, parafraseando a Maritain.

Maritain decía que la calidad de una democracia dependía principalmente de la preocupación de los hombres que la integraban para comprometerse y reflexionar con honestidad sobre los problemas concretos y actuales de sus conciudadanos. Por eso, agradezco al Vicerrector Dr. Pedro Yanzi Ferreira, y al querido amigo y tocayo Edmundo Barbará y la Secretaría de Extensión, al Presidente de la Filial Córdoba del Instituto Argentino Dr. Claudio Viale, al Secretario General Dr. Gonzalo Fernández y a toda la Filial, su esfuerzo invalorable para organizar este encuentro. Y rindo homenaje, a ellos y todos ustedes, porque tienen ese compromiso y esa preocupación de que hablaba Maritain, que en definitiva **es por la persona humana de sus conciudadanos.**

Tengo el deber, en este momento, en que los Institutos Maritain de cuatro países de la América Latina nos hemos reunido, preocupados por ***reconstruir la ciudad para persona humana***, porque el Estado es para el hombre, como dijo Yanzi citando El Hombre y el Estado, de Maritain, de recordar que él no solo fue uno de los pensadores más luminosos del Siglo XX, inspirador de varias generaciones en muchos países y guía en sus reflexiones sobre prácticamente todos los temas que preocuparon a su tiempo, sino que muy especialmente fue temprano precursor y protagonista en la elaboración de la doctrina y en la formulación de los fundamentos de los derechos humanos, de la persona humana, como en su obra “Persona humana y ley natural,” entre otras. Justamente en 2017, se cumplen 70 años de la **conocida y fundamental contribución de Maritain, en su discurso ante la UNESCO en 1947, en ciudad de México titulado “Los caminos para la paz.” Esa intervención, fue fundamenteal para la inspiración, y la elaboración efectiva de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre de la Organización de las Naciones Unidas. Por ello, conmemorando esa fecha decisiva (como dijo la Senadora M.C.Morandini) , en el desarrollo cultural y espiritual de la humanidad, nuestro Instituto Internacional Maritain ha organizado, junto con la UNESCO, de cuya Cátedra está encargado, un Congreso Internacional que celebraremos entre el 3 y el 7 de Octubre, en esa misma ciudad, con la intervención de intelectuales distinguidos y los Presidentes y miembros de nuestros Institutos Latinoamericanos, al que tengo el placer de invitar a esta Universidad y a cada uno de Uds.. También los invito que rindamos juntos hoy, un homenaje a este pensador, testimonio de búsqueda sin claudicación de la verdad, sin ningún interés personal y con el solo compromiso con su fe.**

Estos temas que vengo tratando y lo recogido del Padre Drabble, Valderas, Buisel Quintana, y otros oradores, sobre el desafío de la pobreza y del derroche, me llevan a la primera reflexión que quiero proponer en esta intervención. Será muy desordenada, no saben cuanto, a tal punto que comenzaré por el final, mientras trato de desvirtuar una ya reiterada pero falsa versión: que adivino lo que Uds. van a decir y traigo escritas estas conclusiones. Se trata de la cuestión de la misión temporal del cristiano. Esto es, la responsabilidad de transformar temporalmente el mundo, asumida

conscientemente en nuestra condición de intelectos despiertos y de agentes libres, capaces de miras universales y de comprensión para los problemas generales de sus conciudadanos, con el solo límite de someternos siempre a la verdad. Se trata de transformar -humanizar el mundo- pero, a sabiendas de que no seremos nunca ni dueños ni poseedores de la naturaleza, ni de la historia. Se le pide a todo hombre honesto y de buena voluntad, y el cristiano debiera serlo, que intervenga en el destino del mundo, procurando cierto poder sobre la naturaleza y la historia, por medio de la ciencia, y de la acción social y política, con el mayor y mejor esfuerzo que pueda y sacrificio de sus intereses y deseos propios, y a costa de los mil peligros, que son propios de las luchas y pasiones humanas, pero sabiéndose siempre servidor, promotor y subordinado a una obra que al final no es propia suya, cuyo fruto no es para él, ni está asegurado, y sirviendo incondicionalmente a la verdad, la libertad, la justicia, la paz, la felicidad de la vida humana, confiando en que ese progreso suceda y beneficie a los más posibles; pero con la certeza de que esos ideales no serán jamás alcanzados por completo, y que ese progreso no puede tener un término, ni tendrá un éxito final asegurado.

Por cierto que éste asunto condujo a debates sobre el marco y los límites de la acción política del cristiano, que han sido resueltos por el Concilio Vaticano II y el magisterio Pontificio y el aporte creador de los laicos. No es además, nuestro tema. La reflexión que quiero dejar, **es ahora inversa**: ¿como responder al general y soberano desinterés imperante hacia la cosa pública, en particular, lo político, y a la completa retracción hacia la esfera privada y el individualismo? **Casi todos los expositores** han señalado esta pandemia de frigidez cívica, opuesta a lo que Maritain llamaba “amistad cívica”. Y, a cierta sensación de abatimiento, precariedad, miedo, ira, exclusión, que se expande en las sociedades? Hay una percepción dominante: las reglas referenciales y las modalidades de vivir juntos, tambalean; los **valores están en crisis (dijeron el Dr. Daniel Lasa y la Dra. Carena Bruno)** y lo que nos parecía enraizado y estable ha devenido relativo y móvil y hay dificultades para encontrar dos grupos que compartan visiones del futuro y la certeza de su decisión de vivir juntos, **dijeron otros**. Nociones tradicionales: nación, patria y república, parecen frágiles y puestas en cuestión. A lo que se agrega un clima de hipersensibilidad y reacción violenta pronta e irresponsable (**lean**

el texto no expuesto pero recibido de Carlos Aurelio).

Y surgen muchas preguntas que están más allá de cálculos y pronósticos electorales. Una: la distancia –abismal, que existe entre ciudadanos y representantes, no requiere una refundación ética de la política? Y otra: sobre que condiciones se pueden acordar las actividades, estrategias y procedimientos que requiere el ejercicio del poder, con miras al bien común, para impedir la confrontación permanente (y sin afectar la pluralidad necesaria a la vida democrática). Pluralismo reclamado por Lescano apoyándose en el histórico maritainiano chileno del Castillo.

Y como profundizar seriamente los debates necesarios cuando las redes sociales y los medios simplifican en slogan y frases hechas cuestiones muy complejas? **Muchos de los expositores lo hicieron notar.** Seguro estoy que no habrá ninguna respuesta sencilla. No sabría más, en este comienzo, que dejar estas líneas, como sugerencias talvez para futuros encuentros entre nosotros, en la certeza que Uds. pueden mejorarlas mucho. Quedó claro que en el centro está la necesidad de **una revalorización de lo político**, el tema de la **confianza** que nos merecen las instituciones de nuestras sociedades. **Por eso estamos, como dijeron Viale y Morandini, reunidos aquí, hoy.**

Llevando mi atrevimiento un poco más lejos aún, podríamos recordar otros temas de reflexión, que escuché ayer y hoy, para que este grupo tan interesante, continúe el fecundo diálogo aquí iniciado.

Uno, sería reconocer que enfrentamos los argentinos dos desafíos cruciales: el institucional y el cultural-social. El desafío institucional será gobernar con acuerdos. Es una materia que nunca hemos aprobado (ni con cuatro), como sociedad, acostumbrados a regímenes presidencialistas fuertes y que terminaron su mandato, o a otros con dificultades que no pudieron culminarlos. No solo en Argentina, **como ha señalado el querido Renato Rúa de Almeida**, hemos sufrido este problema. El otro desafío -supremo- es cultural, y nos llama a generar una nueva utopía, superadora, si fuera posible, de la realidad presente. En esto, la cuestión social de la pobreza y las políticas

para combatirla serán claves. Los diagnósticos de Buisel Quintana, y el P. Drabble, lo demuestran. En verdad, no solo ellos: Salvia y Tuñon, coinciden con las cifras y muestran, entre otras, la foto de una infancia (solo como ejemplo) fuertemente precarizada ¿Se podrá pasar de planes sociales clientelistas a promover una cultura de equidad y trabajo? Esto será decisivo para distinguir si ingresamos simplemente en un nuevo ciclo macroeconómico de bonanza, o nos encaminamos a una estrategia de desarrollo. Los problemas de nuestra sociedad requieren nuevas respuestas en materia de integración social y desarrollo económico y humano, que la economía, por sí sola, no puede proveer. No es solo redistribuir ingreso corriente, sino invertir fuertemente en infraestructura, salud, infraestructura educativa y formación docente, maestros, médicos y enfermeros mejor capacitados, pero allí donde hacen más falta. Políticas públicas de redistribución del capital social y humano. Pero, desde esas bases, habrá comenzado a construirse la prosperidad. **Podrá construirse la concordia?**

Creo que es también posible. Y es que existe una relación indestructible entre **reconocer que es menester la búsqueda honesta, y entre todos, de la verdad**, dijo Lescano, y la construcción de una sociedad más humana. No puedo dejar de percibir que quienes aseveran, como Morandini y Perpere dicen, con sofisticadas pruebas estadísticas, argumentando que es preferible subsidiar el malgasto y el derroche o fabricar cosas manifiesta y escandalosamente superfluas, porque eso –dicen- es “crecimiento”, **mienten a sabiendas. Mentían a sabiendas, también, los que decían que no contamos los pobres para no ofenderlos.** Y no consigo, tampoco, superar la sospecha de que los filósofos políticos que sostienen que el puro conflicto es la esencia misma de la vida social, y la única vía posible para el progreso auténtico, y que ningún progreso político es fruto del acuerdo cívico amistoso, porque éste es estéril y falso siempre, mienten a sabiendas, porque el hombre es ser para el encuentro como dijo Viale, y los dirigentes y gurús prácticos que ejecutan a pie juntillas las prédicas de esos filósofos, también **mienten a sabiendas y eluden la auténtica cultura democrática, dijo Morandini.**

Dejaré aquí otra pregunta, entre paréntesis. Hemos extraviado el sentido de lo

público? De que una comunidad es un conjunto de personas unidas no por lo privado, sino por lo público? y porque sienten que están obligadas a sacrificar algo de lo privado (**propio**, nos gusta decir, de modo **impropio**), a favor de los demás (de lo público). La ausencia de esta predisposición a dar (compartir) en el espacio público, presente tanto en banqueros como en sindicalistas y en el amplio y frío -o tibio- espacio medio, marca la gravedad de nuestra crisis. No creemos muchos que nuestro destino está atado al de los demás argentinos, inexorablemente. Que nuestro futuro será tan angustiante e incierto cuanto lo sea el de los demás. Y no son solo los ricos, que en realidad no dependen de lo que le ocurra a la mayoría, sino también los marginados que, golpe a golpe, dijo Buisel, aprendieron que están desacoplados del porvenir general, y los sectores medios que tratan de poner a salvo “algo de lo suyo”, apartarlo *de lo común*, apartar la educación de sus hijos o sus ahorros “para el futuro, justamente”, escondiéndolos en dólares o expatriándolos, prueba esta última (porque es medio PBI lo que está afuera) de que no esperamos, ni confiamos, en un futuro en común. Tanto o menos confían los que reniegan de la carga impositiva sobre sus pingues negocios, maldicen la caída de sus ventas, denuncian que el dólar no es competitivo, y que la carga salarial es insostenible, **pero jamás bajaron un precio**, siquiera mínimamente, para ayudar a estabilizar, sino que los remarcan puntual y pertinazmente, quizás con la complacencia de quienes deben controlarlos.

He escuchado y nos gusta insistir en que todos sabemos, que hoy la gran mayoría de los latinoamericanos **estamos de acuerdo** en la importancia del imperio de la ley, la democracia, las instituciones, la no admisibilidad de los métodos violentos, y la defensa de los derechos humanos; que somos conscientes de la necesidad de una sociedad pluralista y tolerante, y a la vez capaz de construir consensos; nuestras ideas económicas pueden ser diversas, pero la mayoría acordamos en que se debe combinar armoniosamente el mercado y el Estado, la libertad y el orden, la iniciativa privada y las políticas públicas; propugnamos la solución pacífica de los conflictos internacionales; nos hemos convencido de que la pobreza extrema es inaceptable, y que el “derrame” del progreso económico no es seguro ni automático, y que debemos trabajar para lograr una sociedad inclusiva; asignamos prioridad absoluta a la educación y al desarrollo

tecnológico; y queremos un país integrado en el mundo y que atraiga copiosas inversiones de capital productivo.

Pero, la verdad, nuestras decisiones no resultan acordes a esas ideas. Lo que demuestra ciertamente que se impone como urgente para nuestra sociedad un salto cualitativo en la ética política; transparencia y constancia en la información de estadísticas serias; mayor conciencia federal y republicana; sufragio con métodos modernos y control real de los comicios (acabamos de ver que ello es posible, aún manteniéndose dudas sobre el manejo -demorado?- de la información); previsibilidad en las reglas para la economía, que son responsabilidad de la política; y una apuesta por el bien común antes que por los intereses particulares o de grupo, aunque sean éstos funcionales a algunos partidos políticos, sindicatos, asociaciones industriales, etc. Pero tenemos deficiente estructura institucional; corrupción y incompetencia, economía que no despega, por las mismas razones? y políticas errática y fragmentadas que muestra la ineficacia de los partidos políticos para servir como mediadores entre intereses sociales y programas de gobierno (estos, inexistentes hoy, además, salvo excepciones, dijo Lescano).

La lista de preguntas es abundante y puede continuar. ¿Qué dudas se desprenden de la crisis fiscal que arrastra la Argentina desde hace décadas y que la ley sancionada hace poco -del impuesto a las ganancias- ha logrado apenas amortiguar? No estaremos todos “enacados“ -entienden?- en el déficit? Ni hablar hoy de Ley de responsabilidad fiscal y fondos anticíclicos obligatorios que parecen lejos en el horizonte. ¿Qué dudas dolientes inspira el estado de inseguridad que recorre el país y que está corrompiendo a las propias fuerzas del orden? ¿Qué dudas suscita el régimen de pertinaz reeleccionismo que nos rige y alienta al gobernante saliente a volver al ruedo para recuperar su cargo luego de un período o para seguir en él indefinidamente, en algunas provincias? Algún parecido con los problemas de Brasil? ¿Qué dudas se derivan, en fin, del formidable potencial movilizador y corporativo sindical, que proviene de comienzos del siglo XX y hoy adquiere, más allá y sobrepuesto al sindicalismo tradicional, nuevas formas de participación bajo la égida de los movimientos sociales? Todo se suma al marco de corrupción, económica y de las otras.

En este intríngulis entran en juego –al menos- dos aspectos de una misma cosa: por un lado la necesidad de contar con leyes, en especial con respecto a los códigos de procedimiento penal, que no establezcan en los hechos un sistema de impunidad. Por otro, el choque entre diferentes concepciones acerca de la ciudadanía democrática. Según una de ellas -ahora francamente a la moda, predominante-, la política es una lucha por el poder mediada por el uso de técnicas sofisticadas para ganar elecciones, coincidién Viale, Morandini y Buisel. Estas técnicas cuestan dinero y son muy caras: las maneja una nube de expertos cuyo influjo se acrecienta a medida que proliferan nuevos medios (las redes sociales) que hacen más horizontal la comunicación. Democracia sustancial, no solo formal, pidió Viale.

Hoy, la política es productora de imágenes y espectáculos, de debates entre candidatos y **propaganda**; las técnicas apelan más a la reacción instintiva del elector y a su condición de consumidor inmediato de bienes y servicios que a la deliberación razonable sobre **futuros posibles**. Estas operaciones sirven indistintamente a los regímenes establecidos, y al ascenso del populismo con su séquito de simplificadores y demagogos, que no vienen de un solo partido. En su desarrollo, la corrupción –investigó brillantemente Buteler- es una pieza clave para aceitar esa recaudación de dinero, y recompensar a los agentes que mueven esos ingentes recursos. La obra pública con su cadena de licitaciones es el escenario privilegiado de esta espesa trama de dinero mal habido dice Lescano.

Ante este desgaste de la legitimidad democrática quizá deberíamos explorar **de nuevo viejos interrogantes**. ¿Son suficientes las buenas leyes y los jueces honestos para corregir esas alteraciones y reencauzar los regímenes democráticos? ¿O acaso sería imprescindible reorientar también el sentido de los liderazgos con la mirada puesta en las virtudes de honradez y servicio? Estas preguntas pueden sonar a inocentes. Sin embargo, poco tienen de inocentes las reacciones de una opinión pública, cada vez más activa y fragmentada, ante este malsano desfile de quienes buscan el poder político y económico a cualquier precio. Este disgusto es síntoma de la hostil desconfianza que rodea las instituciones estatales y su funcionamiento. Es un ánimo colectivo en que late el repudio a

una política entendida ya no como servicio ciudadano, sino como apropiación patrimonialista de lo que, en rigor, pertenece a todos (es público, retomando el tema). Eso denuncia Morandini: “Buenos políticos; eso falta).

No será sencilla esta reorientación de los liderazgos cuando la corrupción todavía es consentida en franjas del electorado, por engaño, ceguera ideológica y por el recuerdo de ficticias bonanzas económicas, Todo esto estará en disputa entre nosotros - quizás?- durante varias elecciones, porque aún no tenemos claro, igual a como hemos visto en Brasil, cuál concepto de la ciudadanía democrática terminará prevaleciendo: si el del poder a toda costa o el del poder morigerado por buenas instituciones y comportamientos éticos. Porque en tiempos de demagogia, la batalla la gana el que mejor miente.

Sería deseable que conserváramos alguna reserva **de virtud** para impedir que la corrupción impacte en la línea de flotación de la democracia, que es el mejor gobierno posible, en el mundo de la acción política. Pero más vale no olvidar aquel antiguo proverbio latino: *optima corrupta pessima* (las mejores cosas, cuando se corrompen, son las peores)

Ese salto de calidad nos exige respetar la ley. *Dura lex sed lex*, dice el latín, sobrio y contundente. Es dura la ley (para que engañarnos), pero es la ley (tampoco conviene olvidarlo). Y aunque no pocas veces la viveza criolla, amparada incluso en personajes canónicos de la literatura y el humor argentinos, desde el “viejo Vizcacha”, hasta Isidoro Cañones, José Hernández hasta Roberto Arlt, intenta convencernos de que todas las artes del buen vivir apuntan a burlar la ley, la verdad no es tan así, eso no es **vivir bien**

Sabemos qué precios se deben pagar por los atropellos que vulneran las leyes de un estado, Gentile y Migliore lo señalan, sobre todo cuando éstos parten del gobierno. Vivir en el marco de la ley es, acaso, una de las conquistas más altas y trabajosas que pudo alcanzar la humanidad en los siglos. Sin embargo, conviene recordar, que la ley no marca lo más alto que se puede esperar de la vida social (ella no sería la utopía, en su

mejor acepción), sino su límite inferior.

El respeto por la ley, respeto por su letra y por su espíritu, es una suerte de amor por el bien común, por encima de los intereses particulares, y reverencia por las instituciones, que nunca pueden llegar a ser tan temibles como las apetencias de los caudillos. Sin tal respeto no hay verdadera vida social. Vivir sin zancadillas, decía Morandini.

A partir de la ley comienza la convivencia organizada en la justicia. Los grandes valores que alimentan los ideales más sublimes de los hombres, suponen la existencia y la obediencia de la ley como base y marco imprescindible. ¿Qué virtud puede practicarse fuera de la ley? Fuera sólo hay lugar para el engaño, el abuso y la traición. Y, tal como pasa con las virtudes, con las artes, y con la vida misma, destruir la ley puede ser el resultado de una cuidada cadena de astucias o de la prepotencia irresponsable de un momento. Reconstruirla, en cambio, resulta casi un milagro. Pero siempre un milagro de lenta y dolorosa gestación.

En el pensamiento de Maritain: el **deber ser de la ley positiva, debe ser** ayudar al hombre a **vivir conforme con la ley natural, como lo que es**, como hombre. Pero, más allá de ese deber, lo que debo subrayar hoy –casi no puede creerse- es la importancia superlativa de la ley positiva. Quisiera algo modesto y mínimo, nada más dejar apuntada nuestra preocupación más elemental: sin ley positiva eficaz –delante la cual estemos de rodillas gobernantes y gobernados, no hay concordia ni prosperidad (**eso era el bien común, verdad?**) y, a la larga, nos venimos dando cuenta, no hay sociedad. Puede ser hasta un tanto hipócrita discutir en la academia la coincidencia entre ley natural y ley positiva, cuando se tiene tan poco apego a respetar esta última, la cual, **naturalmente, por ley natural**, debe ser obedecida. En estos años **la preocupación de la ley y sus instituciones ha sido y es una constante en las reflexiones de muchos** pensadores, filósofos, juristas, moralistas y religiosos. Necesitamos –sobre esto- hablar con la verdad. Sólo la verdad nos hace libres. **No es, por cierto que yo la tenga. Pero he encontrado indicios valiosos, en lo que escuché ayer y hoy. Pienso el Lasa y**

Lescano, por ejemplo. Y el principal indicio es que **la verdad**, no es una vieja noción pasada de moda, no es una simple y fría categoría “conceptual” que hemos extraviado en nuestros numerosos devaneos políticos, y hasta metafísicos, **no es una vieja señora a la que nadie corteja ya**, sino que es el principal, junto con la vida, derecho del hombre: buscarla, elegirla, realizarla en lo posible, y su principal obligación en la vida es reconocerla, proclamarla y servirla, cuando cree haberla encontrado.

Estas y muchas otras iniciativas que Uds. bien pueden plantear y realizar, caben en la reflexión maritainiana. Porque el proyecto de Maritain, no se agota en ningún campo de la existencia humana sino que los comprende e integra a todos: es un proyecto cultural humano integral; religioso, metafísico, ético, estético, político. Todo el hombre: su fe, su trabajo, su arte, sus amores y placeres, sus tristezas y dolores, su corazón y su alma enteras, nos preocupan, porque nos interesa la persona íntegra, su bien **en común** con el bien de las demás personas. Nadie está excusado: el bien común es oficio de todos, budistas y cristianos, creyentes e incrédulos, metafísicos y modistas, astrofísicos, bailarines y poetas, teólogos y banqueros, monjas y zapateros y hasta (aunque Ustedes no lo crean) de economistas y políticos.

Muchas gracias por su atención.